

Los límites del barrio. Fragmentación, identidades y conflictos en dos barrios de Moreno.

Pablo Bonaldi, Carla del Cueto.

Cita:

Pablo Bonaldi, Carla del Cueto (2007). *Los límites del barrio. Fragmentación, identidades y conflictos en dos barrios de Moreno. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/245>

Los límites del barrio. Fragmentación, identidades y conflictos en dos barrios de Moreno.¹

Pablo Bonaldi, Carla del Cueto²

Introducción

En las últimas décadas la Argentina experimentó una serie de transformaciones sociales, políticas y económicas que supuso una profunda reorganización del conjunto de la estructura social. Ningún grupo o sector social consiguió atravesar ese proceso sin que se modificaran sustancialmente sus relaciones básicas y sus características distintivas. Al analizar en particular los cambios ocurridos en los sectores populares, distintos estudios coinciden en señalar como un rasgo central el reforzamiento de la inscripción territorial (Merklen, 2000, 2005; Svampa, 2005). Frente a la declinación de las formas de organización y de identificación ligadas al mundo del trabajo y los sindicatos emergió un paisaje comunitario de pobres urbanos. Con la pérdida de centralidad de la actividad laboral, la vida social de los sectores populares tendió a quedar circunscripta a los límites del barrio y de las organizaciones locales que allí operan. Esto suele sintetizarse con la idea “del pasaje de la fábrica al barrio”.

La creciente importancia de la inscripción territorial de los sectores populares debe ser interpretada a la luz del proceso de desindustrialización y al consecuente desmantelamiento de los marcos de regulación colectiva que habían sido desarrollados en épocas anteriores como soportes para la constitución de los actores sociales más desfavorecidos.¹ Denis Merklen señala que frente al proceso de empobrecimiento y de desafiliación masivo, los sectores populares hallaron en el barrio un refugio, capaz de operar tanto como un lugar de repliegue como de inscripción colectiva. Según el autor, este repliegue se habría desarrollado en los últimos veinte años como la principal respuesta de los sectores populares al vacío dejado por las instituciones y la falta de trabajo. En ese sentido, la relevancia de la territorialidad reside en que el barrio pasa a cumplir funciones que otras instituciones ya no pueden cumplir tan eficazmente. “El barrio funciona como una comunidad que muchas veces es capaz de conducir a la socialización junto a la familia. Barrio y familia complementan los huecos dejados libres por las instituciones que en otros ámbitos sociales construyen los lazos sociales y conducen a los jóvenes, principalmente la escuela y el empleo.” (Merklen, 2000:104). Pero a la vez el barrio se convierte en soporte para una solidaridad de base territorial. Y es en ese marco de solidaridades primarias y locales (vecinazgo, estructuras familiares, grupos religiosos, etc.) que tuvo lugar un fortalecimiento de la organización comunitaria a través de las distintas organizaciones barriales. Así, mientras los sindicatos perdían importancia, las organizaciones barriales reaparecían en la escena política y social de la Argentina, poniendo en

¹ Este trabajo fue parte de un proyecto de investigación más amplio sobre matrices territoriales y análisis sociopolítico llevado adelante por el Área de Sociología del Instituto de Ciencias de la Universidad Nacional de General Sarmiento.

² Ambos autores son docentes e investigadores de la Universidad Nacional de General Sarmiento y de la Universidad de Buenos Aires. Correo electrónico: pbonaldi@yahoo.com, cdelcueto@ungs.edu.ar

evidencia la fuerza latente del territorio urbano. La inscripción territorial, con sus lazos de solidaridad, dio lugar a distintas formas de acción colectiva (ayuda mutua, autoorganización para satisfacer las necesidades básicas o articulación de los reclamos y demandas) convirtiendo al barrio en un bastión de resistencia para aquellos que cada vez más dejaban de estar cubiertos por las tradicionales protecciones sociales ligadas a su condición de trabajadores. Las nuevas formas de acción colectiva mostraron ser particularmente eficaces en los momentos de crisis aguda como la hiperinflación de 1989 y 1990, o durante la crisis social de los años 2001 y 2002. “Con sus escuelas, sus iglesias y sus organizaciones, el barrio ha sido una muralla sin la cual la supervivencia habría resultado verdaderamente amenazada para muchos.” (Merklen, 2005).

La territorialización de los sectores populares no es sólo el resultado de la pérdida de importancia de las formas de organización ligadas al mundo del trabajo, sino también de la profunda transformación de las políticas estatales dirigidas a estos sectores. Por un lado, a partir de la adopción de políticas sociales focalizadas que abandonaron cualquier pretensión universalista para centrarse en la asistencia directa a los más desfavorecidos. Proliferaron así una multiplicidad de programas sociales que tomaban como objeto a “los pobres” antes que a “los trabajadores” o a “la clase trabajadora”. Estos programas hacían de la participación y la autoorganización de los más pobres un objetivo explícito y prioritario; en muchos casos, una condición necesaria para la asignación de recursos. No es extraño entonces que hayan dado lugar a la formación o el fortalecimiento de innumerables organizaciones comunitarias. Por otro lado, la descentralización administrativa que transfirió responsabilidades hacia los niveles locales de gobierno, provocando una desagregación de las demandas y una mayor dificultad para la conformación de actores colectivos de más vasto alcance (regional, provincial o nacional).

Las políticas sociales focalizadas y la descentralización administrativa a favor de los gobiernos locales fueron parte de las transformaciones estatales implementadas en los noventa bajo la inspiración de las ideas neoliberales. Distintas investigaciones (Auyero, 2001; Frédéric, 2004; Ferraudi Curto, 2005) han mostrado en detalle como la adopción de esas políticas estatales contribuyó a construir o consolidar el espacio de los barrios en tanto territorios, como espacios privilegiados de intervención política y de militancia social, a la vez que como un lugar central en la constitución de las relaciones políticas y sociales de los sectores populares. Asimismo, cabe señalar que la implementación “desde arriba” de esas políticas no estuvo exenta de una voluntad de dominación o de control social.

La fortaleza de la inscripción territorial y la limitación de la mayoría de las actividades a la esfera barrial son parte del proceso de encapsulamiento y de segregación socioespacial de los sectores populares. Exclusión, marginalidad, desafiliación son algunos de los conceptos utilizados por las ciencias sociales para dar cuenta de ese proceso de debilitamiento de la cohesión social que atravesó la Argentina en las últimas décadas y que se tradujo en la fractura o el distanciamiento entre los distintos sectores sociales. En este trabajo nos interesa presentar el estudio de un caso que puede ayudar a reflexionar sobre las tensiones implicadas en la propia inscripción territorial. Esta aproximación desde una mirada más atenta a las interacciones cotidianas permitirá dar cuenta de cómo en ese marco de solidaridades primarias o locales también se reproducen conflictos y procesos de fragmentación social. Para ello, nos

concentramos en el estudio de dos barrios de sectores populares ubicados en la zona de Cuartel V del partido de Moreno que se caracterizan por ser altamente homogéneos, en términos de los criterios tradicionales de la estratificación social, y por poseer una fuerte impronta comunitaria que va de la mano con un denso tejido asociativo.

* * *

En la primera parte caracterizamos los barrios estudiados a partir de su contextualización en la región y de una descripción de los mismos en términos de su conformación histórica, su composición social y el tejido organizativo. En la segunda parte, nos ocupamos de analizar las tensiones y conflictos ligados a la pertenencia barrial. En esta dinámica de disputas y diferenciaciones se construyen fronteras que delimitan relaciones de adentro-afuera fuertemente estructurantes de la vida de los habitantes de esos barrios. Intentaremos mostrar cómo ciertos actos de violencia y la percepción que se tiene de ellos están ligados a esas divisiones territoriales.

Para este análisis nos apoyamos en una serie de entrevistas en profundidad, charlas informales y observaciones tanto de las organizaciones como de las actividades desarrolladas en los barrios. También contamos con entrevistas grupales a alumnos de las escuelas polimodales del barrio. El trabajo de campo se realizó en diferentes momentos entre septiembre de 2003 y agosto de 2005.

PRIMERA PARTE: Caracterización de los barrios

El conurbano bonaerense ocupa una posición intermedia entre el interior del país y la gran metrópoli central sin confundirse ni llegar a ser asimilado por ninguno de esos dos polos. En la visión de una parte importante de la sociedad, el conurbano bonaerense aparece como el lugar de concentración de los peores problemas sociales. Allí habitan los sectores más postergados, con los mayores índices de pobreza y desocupación, se dan los mayores niveles de inseguridad, de violencia y se reproducen las peores prácticas políticas (relaciones clientelares, poca transparencia en el uso de los recursos, etc.). Sin embargo, la población de más de ocho millones de personas que viven en la veintena de partidos que componen el Gran Buenos Aires dista bastante de esa imagen homogénea con la que se la suele representar. En ella es posible encontrar barrios obreros surgidos a la par de los primeros procesos de industrialización, sectores medios que eligieron un estilo de vida diferente o bien que no podían afrontar el costo de una vivienda propia en la Ciudad de Buenos Aires, grandes asentamientos populares y tomas de tierras que se dieron en los años ochenta, numerosas villas miserias que han ido creciendo a lo largo de décadas, junto a countries y barrios privados que proliferaron en los años noventa. La necesidad que todo análisis del Gran Buenos Aires tiene de comenzar distinguiendo entre el primer y segundo cordón constituye un indicador más de la heterogeneidad de su composición social. Aún entre los barrios de sectores populares existen marcadas diferencias según el momento y la forma de urbanización, el acceso a los servicios, la relación con el poder político, el tejido organizativo, el grado de inserción en la trama económico productiva, la localización geográfica o la distancia de la Ciudad de Buenos Aires, entre otros factores.

Los barrios estudiados pertenecen al partido de Moreno que es uno de los más distantes de la Ciudad de Buenos Aires. Este partido se ha caracterizado por

un marcado crecimiento demográfico que le permitió duplicar su población en un período de apenas veinte años. Pero ese rápido crecimiento demográfico sumado a la escasa inversión en infraestructura pública, lo convirtieron en uno de los partidos con mayores carencias en servicios básicos. A diferencia del primer cinturón del conurbano bonaerense, en el que la conformación de los barrios populares fue paralela a la radicación de industrias y a la consecuente obtención de la infraestructura básica y de servicios colectivos, en Moreno el asentamiento de población se fue dando irregularmente y en función de las tierras disponibles.

A su vez, el propio Partido de Moreno tiene niveles de desarrollo muy desiguales y puede ser pensado en términos de centro y periferia. Los indicadores sociales muestran una situación más favorecida en aquella zona que constituye el centro político y comercial del distrito en torno a las dos plazas principales que se ubican a ambos lados de la estación ferroviaria. Los barrios estudiados, por el contrario, se encuentran dentro de Cuartel V que es una zona periférica del partido, distante a varios kilómetros del centro de Moreno. Esa región está compuesta por extensas áreas rurales y semirurales. En un sentido puede ser considerada como uno de los extremos hasta donde llega la urbanización del área metropolitana. Recién en los últimos treinta años esas zonas despobladas han comenzado a poblarse más regularmente con la aparición de una veintena de barrios que se sumaron a los ya existentes. Ese poblamiento fue el resultado, en algunos casos, de la acción estatal –a través del FONAVI–, en otros, de la relocalización forzada de personas que habían sido expulsadas de las villas de emergencia de la Ciudad de Buenos Aires, o bien como producto de un proceso de loteos y urbanización espontánea o asistida por distintas ONG's. No obstante, sigue registrándose un serio déficit habitacional tal como se expresa en el hecho de que Cuartel V tenga la mayor densidad de habitantes por vivienda. Allí se concentra también la población de menores recursos del partido de Moreno.

El que los barrios estudiados se encuentren en una zona periférica de un partido ya periférico del Gran Buenos Aires tiende a potenciar ciertas desventajas. La discontinuidad en la trama del tejido urbano, que comienza a ser interrumpida por extensas zonas verdes, aparece como una seria dificultad para lograr la integración de esas nuevas poblaciones. De hecho, como tendremos oportunidad de mostrar, las distancias físicas y el aislamiento resultante son claves para entender el desarrollo de esos barrios.

Ya señalamos antes que aún dentro del universo de los sectores populares existen marcadas diferencias en las formas de habitar y radicarse en el espacio físico. Nos proponemos contribuir a enriquecer el análisis de esa heterogeneidad. Al respecto Denis Merklen (2005) señala que en todas las grandes ciudades de América Latina, el barrio constituye una de las figuras mayores de la cultura popular. Producto de las evoluciones nacionales propias tuvo lugar la coexistencia de cuatro tipos distintos de barrios: la villa, el loteo barato, los monoblocks construidos por el Estado y los asentamientos. En primer lugar, refiere a las *villas* que en sus orígenes y en el marco de las ciencias sociales generaron un intenso debate sobre la cuestión de la marginalidad. En la actualidad, “estos barrios encarnan en todas partes la fractura social, la exclusión y la pauperización constantes, ya sea como resultado del fracaso de los modelos neoliberales o como la expresión de las diversas crisis que azotan los países desde hace treinta años” (Merklen, 2005:

134). El segundo tipo de barrio popular es el originado a través del *loteo barato*, ese tipo de barrio es resultado de grandes operaciones inmobiliarias de loteos. Está conformado por viviendas construidas por sus propios habitantes y con apoyo del Estado a través de créditos hipotecarios y con la provisión de servicios urbanos. Este tipo de barrio para el autor ilustra el resultado de una integración más o menos exitosa debido a la estabilización del empleo y el desarrollo de las protecciones sociales. “Estos territorios representan la figura típica del barrio en Argentina y Uruguay a tal punto que, a diferencia de los países europeos, la gran mayoría de los obreros y empleados tuvieron acceso a la propiedad desde principios del siglo pasado, alimentando así el sueño de la *casa propia*, aún realizable hasta los años setenta” (Merklen, 2005: 134). El tercer tipo es el barrio de *monoblocks*, viviendas construidas por el Estado. Esa figura representa una forma marginal para el caso de Latinoamérica sobre todo si se lo compara en magnitud con los antes mencionados. Sin embargo, este tipo de complejos realiza al igual que el loteo barato el sueño de la casa propia. Por último, Merklen menciona el *asentamiento*: barrios que se levantan a partir de ocupaciones colectivas e ilegales de tierras que en América Latina surgieron a fines de los años sesenta. En la Argentina este tipo de radicaciones territoriales cobraron fuerza a comienzos de los ochenta. La principal característica que define a los *asentamientos* es la apropiación colectiva de terrenos que da inicio a la construcción del barrio, a lo cual sigue la creación de un movimiento que actúa sobre el sistema político.

En nuestro caso, los barrios estudiados no pueden ser incluidos claramente en ninguno de los tipos identificados por Merklen. A pesar de compartir varias de las características utilizadas por el autor para describir a los barrios de sectores populares tales como: altas tasas de desocupación, proliferación de planes sociales, aislamiento o falta de integración con el resto de la sociedad, aparición de distintas ONG's u organizaciones comunitarias locales, existen algunas diferencias que merecen ser mencionadas. Si bien en algunas partes de Cuartel V hay un loteo barato (el segundo de los tipos descriptos), la ocupación de las tierras fue más espontánea, menos planificada y con una participación relativamente menor del Estado en la provisión de los servicios urbanos básicos. También hubo ocupaciones de tierras promovidas y apoyadas por distintas ONG's y con una organización comunitaria importante, como en el caso de los asentamientos; sin embargo, el bajo valor de la tierra cambia sustancialmente las circunstancias. En su investigación sobre los asentamientos en La Matanza, Denis Merklen (1991) señala las condiciones que intervienen en la localización de los mismos: “cuando los tomadores eligen un terreno para su ocupación, deben tener en cuenta un conjunto de elementos como propiedad de los mismos, proximidad a medios de transporte y a calles asfaltadas, provisión de servicios, así como saber si el predio se encuentra bajo vigilancia o ‘abandonado’, etcétera”. Esta ocupación de los terrenos disponibles mejor ubicados (en términos urbanos) es la que los lleva a entrar en conflictos abiertos con otros pobladores de la zona, en muchos casos de sectores medios, que se oponen al asentamiento con el argumento de que esa radicación próxima de sectores populares terminaría devaluando sus propiedades. Esto no sucede en la zona de Cuartel V de Moreno, donde la forma de poblamiento parece más bien cumplir con una lógica de segmentación y expulsión que relega y desplaza a los sectores populares hacia la periferia de la ciudad.

Los dos barrios que tomamos como objeto de nuestra investigación, Sancho y San Norberto, se extienden en forma paralela a la Ruta Provincial nº 24 y si bien geográficamente están ubicados cerca del límite con José C. Paz forman parte, junto a otros 23 barrios, de la localidad de Cuartel V en el partido de Moreno. Ambos barrios son relativamente pequeños en términos de superficie y cantidad de población.ⁱⁱ En total no suman más de 6.000 personas. En *San Norberto* hay aproximadamente unas 10 manzanas construidas y según las primeras estimaciones realizadas sobre el censo del 2001 vivirían allí unas 1.980 personas que se reparten por partes iguales entre varones y mujeres. Sancho es un barrio más grande que San Norberto. Cuenta con unas 12 manzanas aproximadamente y viven en la actualidad alrededor de 3.940 personas. La población de estos barrios está compuesta por personas de procedencia u orígenes muy diversos. Allí se entremezclan migrantes externos de países limítrofes con migrantes internos o descendientes de la primera migración, en particular de las provincias del litoral y del noroeste.ⁱⁱⁱ En el caso de Sancho una parte importante de la población proviene de Paraguay y de hecho se lo conoce popularmente como “el barrio de los paraguayos”.

En ninguno de los dos barrios se ven construcciones excesivamente precarias o que se asemejen a una villa miseria ya que se respeta el trazado urbano y el loteo de los terrenos. La mayor parte de las viviendas son bajas, de material y con una estructura muy simple. En algunos casos tienen un cerco o rejas que dan lugar a un pequeño jardín delante de la casa, respetando el formato urbano. En otros, hay directamente un tejido de alambre que sirve de contención a unos pocos animales criados para autoconsumo, en lo que constituye un claro indicio de la cercanía del mundo rural. Casi no hay construcciones grandes de más de una planta, sólo las escuelas (públicas y privada) constituyen por lejos los edificios más importantes del barrio. Al recorrer la zona se advierte el carácter residencial de la misma, con algunos comercios muy pequeños. Algunas de las calles están asfaltadas, en particular las que conectan con la ruta y que son utilizadas para entrar y salir de los barrios. Pero el asfalto solo alcanza a las primeras cuadras.

En principio es posible pasar de un barrio al otro sin advertirlo pues el tipo y las características de las viviendas son muy similares y no hay marcas territoriales visibles que separen a San Norberto de Sancho. Sin embargo, como veremos en la segunda parte, estos barrios tienen historias muy diferentes y sus habitantes no vacilan en trazar las líneas demarcatorias que los separan.

Al igual que el resto del país, estos barrios sufrieron las consecuencias del deterioro del sistema productivo nacional durante las últimas décadas, con la consiguiente incapacidad para generar empleo. Esto dio como resultado el aumento de la desocupación, la subocupación, el importante desplazamiento de trabajadores hacia sectores de menor productividad y la progresiva consolidación del sector informal. Sin embargo, conviene tener presente la distinción que establece Floreal Forni (2002) cuando señala que los pobladores del segundo cinturón del conurbano no son parte de la clase obrera sino que tienen una trayectoria laboral que mezcla trabajos informales y precarios con desocupación. Las trayectorias ocupacionales de los habitantes de Sancho y San Norberto parecen confirmar esa aseveración. Los casos típicos de trabajadores industriales de larga data son absolutamente excepcionales. De hecho, en la zona casi no existen industrias o emprendimientos productivos de importancia, a excepción de dos viveros muy grandes (que se encuentran

sobre la ruta 24, en los límites de ambos barrios), una fábrica de cerámicas y una pollería. Entre las ocupaciones más frecuentes podemos mencionar la realización de changas de jardinería o de servicio doméstico en los countries y barrios privados de la zona. Otras inserciones, aunque siempre escasas y difíciles de conseguir, son las vinculadas a la actividad en comercios o servicios en el centro de Moreno y José C. Paz. La gente del lugar también se dedica a la elaboración de algunos productos básicos como pan, facturas, pizzas; o bien la comercialización en pequeña escala de plantas que compran en los viveros cercanos y luego venden a domicilio en otros barrios; o se dedican a la cría de animales para el autoconsumo. Existen distintos programas sociales que desde el Estado local y provincial ofrecen asistencia a estos microemprendimientos. Según datos del Instituto de Desarrollo Económico Bonaerense (IDEB), en los barrios Sancho y San Norberto habría alrededor de 30 proyectos vinculados a la Municipalidad. En la mayor parte de los casos se trata de emprendimientos muy pequeños, de autoexplotación personal o familiar, con recursos muy escasos y para la subsistencia o el autoconsumo. El apoyo del Estado Municipal consiste fundamentalmente en brindar capacitación, cobertura legal o posibilidades de comercialización, además de otorgar pequeños subsidios o créditos. Como parte de este programa, se formó un cuerpo de promotores (con beneficiarios del Plan Jefes y Jefas que viven en el barrio) para que recorran la zona, detecten a personas interesadas en desarrollar alguna actividad productiva y la vinculen con el IDEB. Sin embargo, su incidencia efectiva en el mejoramiento de las oportunidades de vida de los habitantes parece haber sido escasa.

Uno de los rasgos característicos de Sancho y San Norberto es la altísima proporción de receptores de planes sociales, mayoritariamente del Plan Jefes y Jefas. De hecho, podrían ser encuadrados en la categoría de *“barrios bajo planes”*. Se calcula que en el Partido de Moreno hay alrededor de 40.000 beneficiarios^{iv}, una parte importante de los cuales se concentraría en la zona de Cuartel V. En la práctica, una gran parte del trabajo comunitario, tan reivindicado por las organizaciones sociales, se sostiene con receptores de los planes. Los beneficiarios de programas sociales no sólo se encuentran en las organizaciones comunitarias sino que, al igual que en muchos barrios del conurbano, es posible observar algunas cuadrillas realizando tareas de zanjeo, limpieza de calles y orientación de tránsito en el cruce de la ruta o a la salida de las escuelas.

Esta primera descripción de los barrios estaría incompleta si no hiciéramos alguna referencia al modo en como los habitantes experimentan su relación con el territorio y al denso entramado social y organizativo que sirve de sustento a esas percepciones y representaciones colectivas. En tal sentido, un primer elemento que debe ser destacado es **la fuerte identificación de las personas con el lugar en el que viven**. Ser de la zona, del barrio o haber crecido allí fueron expresiones utilizadas con frecuencia por los entrevistados para definir quiénes eran ellos y cuál era su ligazón con el lugar. Este sentimiento de pertenencia apareció tanto en los miembros más activos de las organizaciones como en quienes tenían una participación más limitada. No obstante, como veremos más adelante, esa identificación con el lugar no era unívoca, ni estaba exenta de tensiones. En algunos casos podían identificarse con la zona más amplia de Cuartel V; en otros, la identificación era con el espacio más acotado del propio barrio.

Junto a la identificación con el lugar apareció también un marcado **sentimiento de pertenencia a la comunidad**. Se perciben a ellos mismos como formando parte de un grupo colectivo más amplio. De un modo similar al de la referencia espacial, la idea de comunidad no tiene una delimitación clara o unívoca. Por momentos es utilizada para aludir al conjunto de los pobres, “los que no tienen nada”, para referirse a los barrios periféricos de Moreno o bien para hablar del grupo de vecinos más cercanos y próximos a su vivienda. En cualquier caso, la idea de comunidad está ligada a un relato histórico de quienes debieron construirse su propio lugar con esfuerzo y sacrificio, a espaldas del centro de poder local. La comunidad aparece entonces como un espacio de autonomía y de autoorganización, capaz de potenciar los recursos y las posibilidades del grupo.

Existen razones tanto geográficas como históricas que contribuyeron fuertemente a la conformación de ese ideal comunitario. El aislamiento y la distancia que separa a Cuartel V del centro político y comercial de Moreno –al punto que se encuentra espacialmente más integrado a José C. Paz que a su propio partido–, agravado en su momento por la inexistencia de un adecuado servicio público de transporte, contribuyeron a reforzar los lazos y la identidad comunitaria de la región. A esto debemos sumarle toda una historia de luchas y reivindicaciones que se remonta a décadas pasadas pero que es cotidianamente recuperada y reactuada, dando lugar a una participación y un activismo inusual en barrios de sectores populares. A la hora de explicar esta especificidad de la región, algunos autores enfatizan la importancia que tuvieron las comunidades eclesiales de base en el pasado. Floreal Forni (2002), por ejemplo, señala que el fermento y la movilización que es posible constatar en la zona tienen que ver “con la historia y la existencia antigua de un denso tejido de actividades de la Iglesia católica, contestataria en los ’70 y cooperativa y constructiva a partir de los ’80”. El intenso proceso de organización, reivindicación y lucha en torno a la mutual *El Colmenar* es una clara muestra de ello.

A partir de la creación del Consejo de la Comunidad, que tuvo lugar a comienzos de los ’80, se fue generando un importante movimiento comunitario que derivó en la formación de una reconocida ONG de carácter local: “El Colmenar”. Esta organización surgió básicamente como una mutual de transporte sin fines de lucro para dar respuesta al serio problema del aislamiento de la región. Al comenzar a brindar el servicio en zonas que antes estaban excluidas de los recorridos de la principal empresa de transporte, la mutual favoreció el poblamiento y la integración de muchos barrios.^v El impacto de la mutual no debe estimarse únicamente en términos del servicio prestado, sino que contribuyó también a reforzar el ideal comunitario al mostrar como una construcción colectiva por parte de los vecinos podía volverse exitosa y redundar en mejores condiciones de vida para la zona. Esta experiencia organizativa no sólo se convirtió en un motivo de orgullo para los habitantes del lugar^{vi}, sino que dejó en la memoria colectiva una huella muy positiva a favor de la acción colectiva. En los años siguientes, “El Colmenar” se extendió a otras actividades, a la vez que se convirtió en un semillero de militantes y en fuente de apoyo para el surgimiento de nuevas organizaciones con una orientación claramente comunitaria.

Todo ello contribuyó a darle a la zona de Cuartel V el perfil de un verdadero “paraíso comunitario”, suscitando el interés de numerosos científicos sociales

que se vieron atraídos por ese denso entramado organizativo y de activa militancia. Algún autor llegó a afirmar inclusive que se trataba del espacio más fértil en movimientos sociales dentro del conurbano bonaerense. En efecto, al tomar contacto con el lugar y relevar las múltiples y diversas organizaciones que se concentran en estos barrios de pequeñas dimensiones, sorprende encontrar una larga lista que incluye: comedores, jardines y centros de atención a la infancia, capillas, biblioteca, clubes de fútbol, centro cultural, sociedad de fomento, grupos de jóvenes, una radio -que supo ser comunitaria-, y una red de contención y promoción comunitaria, entre otras. Algunas de esas organizaciones son más nuevas, mientras que otras tienen varios años de funcionamiento.

Los propios miembros de las organizaciones se encargan de transmitir y recrear esa “mística comunitaria”, enfatizando el carácter autónomo y autogestivo de sus actividades. Donde cualquier desarrollo u obtención de un beneficio colectivo es percibido retrospectivamente como el resultado de la acción constructiva o reivindicativa de la comunidad. Al tornar invisibles las acciones y recursos que provienen del Estado, todo lo existente en el barrio es resignificado como el producto de la lucha y la organización de los vecinos. Como una conquista arrancada al poder de turno. Con suma claridad, la integrante de una de las organizaciones explicaba: “todo lo que hay en Cuartel V, lo que está construido en Cuartel V está construido por la comunidad, desde las escuelas peleadas a la Municipalidad, la sala, la comisaría, todo, todo lo que ven acá. Entonces, nosotros de agradecerle a nadie nada. Todo, todo construido por la comunidad (...) Acá es todo peleado por la gente, porque el Municipio se olvida de nosotros y a veces no les gusta que les digamos la verdad. No es que tengamos mala relación, no hay mala relación pero de hecho no hacen nada bien”.^{vii}

En la percepción de los habitantes, la existencia de organizaciones comunitarias está estrechamente asociada con el desarrollo de los barrios. En un doble sentido, porque con su trabajo cotidiano contribuyen efectivamente al mejoramiento del barrio, pero además porque su sola existencia parece revelar la intensidad de la vida social y la disposición al compromiso y la participación de quienes allí viven. No es extraño entonces que el número de organizaciones y el alcance de sus actividades sean tomados como criterios básicos para la clasificación y jerarquización de los distintos barrios.

Al señalar las múltiples carencias que sufren estos barrios o al caracterizarlos como compuestos por una población homogénea de sectores populares conviene tener presente su particular conformación histórica. Pues en estos casos no se trata de una concentración de la pobreza como consecuencia de la segregación y autoselección negativa del espacio urbano por la partida de sectores medios, tal como se aprecia en las investigaciones de W. Wilson sobre la *under class* o en parte de los suburbios parisinos, sino por la ocupación de espacios vacíos en la periferia por parte de nuevos migrantes o de población excluida que no encuentra lugar en las grandes ciudades. En consecuencia, los habitantes no perciben la historia del barrio como un proceso de degradación y empeoramiento, sino más bien todo lo contrario. Un elemento común en la mayoría de las entrevistas era la referencia a las continuas mejoras y al progreso experimentado por los barrios a lo largo del tiempo. Una historia de progreso que se remonta a los orígenes mismos y que recuerda las enormes carencias y dificultades de los momentos fundacionales para mostrar

luego el indudable saldo positivo que deja la comparación con el momento actual. El asfalto, la luz eléctrica, las casas de ladrillos, las escuelas, la consolidación de las diversas organizaciones de los barrios son ejemplos contundentes de las lentas pero progresivas mejoras que se fueron conquistando a lo largo de los años. Nunca deja de reconocerse que las sucesivas crisis económicas y sociales por las que atravesó el país impactaron fuertemente sobre los barrios y sobre la vida cotidiana de gran parte de sus habitantes. De hecho, admiten que la aparición de muchas organizaciones comunitarias y de sus redes de apoyo se debe precisamente a la necesidad de paliar los efectos negativos de esas crisis.^{viii} Sin embargo, a nivel de la infraestructura y los servicios básicos del barrio, tanto como a nivel de las organizaciones locales, lo que se constata es una suerte de progreso. Ya señalamos antes como los avances en uno y otro plano constituyen un motivo de orgullo barrial pues son percibidos como el resultado de la lucha y la organización de los propios vecinos, reforzando de este modo una suerte de mística comunitaria presente en toda la zona.

Lo expuesto revela la complejidad del fenómeno y cualquier análisis de estos barrios debe tener en cuenta la multiplicidad de temporalidades divergentes y superpuestas que se entrecruzan en cada realidad concreta. La temporalidad más personal ligada al individuo o su entorno familiar, la propia de cada una de las organizaciones (que puede coincidir o no con la del barrio), la de los barrios en sí, la de la región en la cual están situados y la del país en su conjunto. Muchas veces tiende a caerse en el error de priorizar el estudio de una sola de ellas e inferir luego las otras. Nuestro estudio de caso ha permitido mostrar una situación en la cual existen claras divergencias.

SEGUNDA PARTE: Inscripción territorial, tensiones y conflictos

No resulta fácil establecer la relación de las personas con el territorio. La cuestión es bastante más compleja que una simple adscripción en base a la división geográfico política en regiones, partidos o barrios. Aun cuando esas divisiones deban ser tenidas en cuenta, por sí solas nada nos dicen sobre el modo en cómo los sujetos viven y se mueven por el espacio físico. Para ello es preciso indagar en cómo los sujetos definen su lugar de pertenencia, delimitan un territorio, trazan las fronteras e imaginan las relaciones de intercambio entre el adentro y el afuera.

La referencia recurrente al proceso de territorialización de los sectores populares en los últimos años en nuestro país obliga a interrogarse por la especificidad con que dicha noción es utilizada en los diferentes trabajos. La primera tentación que se experimenta cuando abordamos temas que se vinculan con el espacio es recurrir a la obra de uno de los autores clásicos de la disciplina Georg Simmel. Según este autor, el espacio por sí mismo no producía efecto alguno en las relaciones sociales. Por el contrario sostenía que “no son las formas de la proximidad o distancia espaciales las que producen los fenómenos de la vecindad o extranjería, por evidente que esto parezca. [...] Lo que tiene importancia social no es el espacio, sino el eslabonamiento y conexión de las partes del espacio, producidos por factores espirituales. (Simmel, 1986: 644). Ahora bien, al mismo tiempo señalaba que cuando un número de personas viven aisladas dentro de determinados límites espaciales, cada una de ellas llena tan sólo el lugar que ocupa inmediatamente. Sin

embargo, cuando estas dos personas entran en acción recíproca, el espacio que existe entre ellas aparece lleno y animado. Vemos entonces como, desde una perspectiva sociológica, son los vínculos y las interacciones sociales los que le dan sentido al espacio.

Los barrios y sus límites

La mayor parte de las personas entrevistadas tendió a identificarse principalmente con el barrio en un sentido acotado. Aparecieron así las referencias a: Sancho, San Norberto, Irigoin, El Milenio, Mayor del Pino o San Alberto, entre otros. Una multiplicidad de barrios relativamente pequeños y cercanos entre sí. Ante los ojos de un observador externo no parece haber fronteras que los dividan ni se constatan grandes diferencias en las características sociales de estos barrios. Sin embargo, sus habitantes toman muy en serio las delimitaciones espaciales y las relaciones de pertenencia, pues ellas condicionan fuertemente sus desplazamientos por la zona. Si bien por momentos pueden llegar a reconocer las semejanzas básicas entre los barrios y la existencia de problemas comunes, los vecinos no cesan de establecer comparaciones y distinciones entre ellos. Unas cuerdas más de asfalto, un poco menos de iluminación, la calidad y el tipo de construcción de las viviendas, la existencia de una escuela, de una radio, de un centro cultural o simplemente un mayor movimiento en sus calles o un poco más de actividades para los chicos, cualquier atributo puede ser utilizado para comparar y jerarquizar los barrios. Así ocurrió en una de las entrevistas grupales en la que jóvenes de distintos barrios se enfrascaron en una intensa discusión para establecer una suerte de ranking de barrios según el grado de peligrosidad o de violencia que había en cada uno de ellos.

Para comprender la fuerza y la omnipresencia que alcanza la diferenciación entre barrios es preciso recordar que cada uno de ellos tuvo un proceso de conformación y crecimiento particular. La proximidad espacial y ciertas semejanzas –que sin dudas aparecen amplificadas ante un observador externo que proviene de un ámbito urbano muy distinto– no deben hacernos perder de vista que cada barrio tiene su propia historia. El progreso, entendido en términos de acceso a servicios básicos de infraestructura, no fue simultáneo en todos los barrios. Unos lograron desarrollarse y acceder a recursos antes que otros. Para los que llevan más tiempo viviendo en el lugar, la pertenencia a un mismo barrio implica una historia común de luchas y logros compartidos. Este proceso reproduce en parte lo ocurrido en muchas zonas del Gran Buenos Aires con el desarrollo de las sociedades de fomento. La particularidad en este caso tal vez sea que el acceso a los recursos y servicios básicos fue mucho más limitado, caótico e irregular que en décadas anteriores y, en consecuencia, el proceso de fragmentación y diferenciación entre los barrios resultó mucho mayor.

Un ejemplo de cómo las diferencias entre los barrios pueden adquirir la forma de una rivalidad duradera es el caso de los dos barrios estudiados: Sancho y San Norberto.^{ix} Actualmente estos barrios presentan una fisonomía muy semejante y, dado que son contiguos, quien no es de la zona al recorrer sus calles puede cruzar de uno a otro sin darse cuenta.^x No obstante, sus historias son distintas. Los vecinos de San Norberto señalan con orgullo que éste es uno de los primeros barrios de Cuartel V (junto con Mayor del Pino). Este barrio se pobló lentamente durante la década del '60 y comienzos de la década del '70.

Sancho en cambio se conformó un tiempo después, durante la última dictadura militar, a partir de la relocalización de gente que fue expulsada de distintas villas de emergencia de la Capital Federal^{xi}. La mayoría de la población era de procedencia paraguaya o del norte y el litoral argentino.^{xii} La forma violenta e intempestiva en que se produjo el traslado, sumado a que por entonces Sancho era un gran descampado que no contaba con ningún tipo de servicio de luz o agua, obligó a los nuevos pobladores a protegerse en unas casillas muy precarias o directamente en refugios armados con unos pocos palos y lonas. Ello dio lugar a una actitud discriminatoria de parte de los habitantes de San Norberto que comenzaron a referirse a los de Sancho como “villeros”. Hoy esa caracterización ha perdido fuerza.^{xiii} En buena medida porque con el tiempo los recién llegados consiguieron mejorar las condiciones del barrio, en parte ayudados y asistidos por una ONG de reconocida reputación en la zona y, en parte, a través de la propia organización de comisiones y sociedades de fomento. Sus pobladores se jactan de señalar que Sancho ha progresado más y actualmente cuenta con mayores recursos y un desarrollo de las organizaciones comunitarias aún más intenso que el de otros barrios vecinos.

Cabe establecer acá una comparación con un trabajo ya clásico de Norbert Elias en el que analiza la relación entre dos grupos claramente diferenciados que conviven en una población de pequeña escala en los suburbios de Leicester en los años '50. Elias señala que ambos grupos poseen muchos rasgos en común: nacionalidad, procedencia étnica, ocupaciones, ingresos y niveles educativos, en fin, la clase social ya que ambos grupos pertenecían a la clase obrera. La única diferencia era el tiempo de residencia. Mientras un grupo llevaba dos o tres generaciones en el lugar, el otro grupo reunía a los llegados recientemente. Esto le permite hablar de los establecidos y los marginados. El primer grupo tiene la capacidad de imponer sus propias reglas al segundo sobre la base de atribuir a sus miembros características humanas superiores. A la vez que buscan evitar todo contacto social con los marginados.

A diferencia del análisis de Elias, que consigue distinguir y jerarquizar a los grupos en función del grado de integración y las cuotas de poder que poseen; las rivalidades entre los barrios de Cuartel V no llegan a cristalizarse en una relación asimétrica, tal como la que se da entre establecidos y marginados. Los pobladores de San Norberto, aun cuando llevan más tiempo de residencia en el lugar, en comparación con sus vecinos de Sancho, no necesariamente concentran más poder o un grado mayor de integración social. De modo que si bien hay tensiones y disputas no se puede afirmar que se trate de un vínculo análogo al descrito por Elias. Porque el tiempo de residencia no se traduce en mayor integración. En el caso de Sancho, los pobladores poseen un grado de integración y una capacidad organizativa que les permite oponerse y resistir a los posibles intentos de estigmatización.

En cualquier caso, esas relaciones de conflicto tienden a reforzar el sentido de pertenencia a un barrio. Pero no se trata solo de una filiación identitaria sino que los habitantes tienen claro hasta dónde llega y cuáles son los límites físicos del barrio. Una ruta, un arroyito, un descampado, una calle o un vivero operan como fronteras demarcatorias, estableciendo donde termina un barrio y comienza otro^{xiv}. Para los vecinos de estos barrios, las fronteras no son sólo físicas sino que están internalizadas por quienes viven en el lugar. Éstos las toman en cuenta para construir un adentro y un afuera del barrio. El afuera, en los barrios de Moreno puede ser la Ciudad de Buenos Aires, el centro de

Moreno o bien ese otro barrio que está a apenas unas pocas cuadras de distancia o simplemente cruzando la ruta. El adentro es el lugar de lo conocido, de los afectos, de la protección. El afuera es muchas veces ese mundo desconocido y peligroso al que es preciso salir para obtener los recursos (bienes y servicios) que no pueden conseguirse en el barrio (Segura, 2005).

En este punto vale la pena recordar los análisis de Roberto Da Matta (2002), para quien la oposición entre *calle* y *casa* es básica. Mientras la categoría *calle* indica fundamentalmente el mundo con sus imprevistos, accidentes y pasiones; la *casa* remite a un universo controlado, donde las cosas están en su debido lugar. Se configuran así dos ámbitos contrapuestos. La calle implica movimiento, novedad, acción, es el lugar del trabajo y de las relaciones por elección. Por su parte, la casa supone armonía, calma, lugar de calor, afecto. La casa es el lugar en donde se descansa y las asociaciones están regidas y formadas por el parentesco y las relaciones de sangre. El rasgo distintivo de la casa consiste en un mayor control de las relaciones sociales, lo cual implica también relaciones de mayor intimidad y menor distancia social. En la calle, por oposición a la casa, “el mundo tiende a verse como un universo hobbesiano, donde todos tienden a estar en lucha contra todos, hasta que pueda surgir una forma de jerarquización y promover algún orden” (Da Matta, 2002: 100).

En verdad, el barrio constituye una zona intermedia entre *calle* y *casa*. La excesiva fragmentación da como resultado barrios relativamente pequeños que están formados por apenas un puñado de manzanas. La acotada dimensión de los barrios permite un nivel de conocimiento e interacción entre los vecinos que sería difícil de imaginar en zonas más densamente pobladas. Tal vez esa comparación con las grandes ciudades estaba en la cabeza de los entrevistados cuando afirmaban, una y otra vez, “acá nos conocemos entre todos” y aseguraban con certeza que podían reconocer fácilmente a quién no fuera del barrio.

De este modo, el sentimiento de pertenencia al barrio se ve reforzado por la posibilidad de reconocimiento / desconocimiento del otro como miembro del lugar o como extraño. Pero no se trata sólo de la proximidad con la vivienda del otro, sino que las relaciones de vecindario se entrecruzan con relaciones de amistad o de parentesco. Porque es frecuente que tengan hermanos, tíos o primos viviendo en el mismo barrio o porque con el paso del tiempo la cercanía dio paso a una relación duradera de amistad. También ocurre que cohabiten el barrio con personas que migraron desde el mismo país o provincia de origen que ellos. Obviamente que no con todos, pero con una parte del barrio se establecen relaciones de mutua confianza o intimidad, con fuertes lazos afectivos y predominio de las interacciones cara a cara, casi como en una suerte de familia extendida.

Violencia, tensiones y conflictos

En esta sección nos proponemos analizar cómo se articulan ciertos tipos de violencia con las divisiones territoriales. Pues la producción de hechos de violencia, tanto como el riesgo de sufrirlos o el manejo de ese riesgo, están asociados y contribuyen a reforzar las pertenencias barriales. Comencemos señalando que la propia noción de violencia resulta imprecisa y suele ser utilizada para dar cuenta de fenómenos muy diferentes. En este trabajo nos concentramos sobre aquellas formas de violencia física interpersonal que se

dan cotidianamente a un nivel micro en las interacciones de los habitantes de estos barrios. Dejamos de lado otras formas de violencia, como por ejemplo la *violencia estructural* (explotación económica, condiciones de vida inhumanas, estructuras de poder abusivas), la *violencia estatal* (abusos policiales, ausencia de justicia), la *violencia simbólica* (relaciones de desigualdad y jerarquía internalizadas y legitimadas tales como el racismo o el sexismo) o relaciones de violencia física directa en pos de un objetivo político.^{xv} Estas otras formas de violencia atraviesan sin duda y dejan sus marcas sobre el conjunto de los sectores populares. Si no nos detenemos en ellas es porque lo hacen de un modo más homogéneo y lo que nos interesa particularmente acá son aquellas formas de violencia que producen o refuerzan las divisiones y pertenencias territoriales.

Aún concentrándonos en la violencia física interpersonal, que se da cotidianamente en los barrios, es preciso distinguir tres tipos de violencia. Por un lado, tenemos aquella violencia más instrumental que suele acompañar a los delitos contra la propiedad, por lo general es el caso de los asaltos o robos a mano armada. La percepción de estos delitos y la sensación de inseguridad han aumentado considerablemente en el conjunto de la sociedad durante la última década y media. Al punto que resulta difícil sentirse completamente libre de esta clase de riesgos, mucho menos si se habita en algún partido del conurbano bonaerense, donde la situación resulta más crítica. Sin embargo, en nuestro trabajo pudimos comprobar como los límites del barrio constituyen una diferencia importante, pues las personas perciben que el riesgo de ser víctimas de ese tipo de violencia es mucho menor cuando se mueven dentro de su propio barrio. Esta percepción no se basa en una confianza absoluta en todos sus vecinos. Saben y relatan experiencias de robos entre los propios vecinos.^{xvi} Pero en todo caso, el conocimiento que tienen del barrio les permite saber cuáles son los momentos o lugares de mayor peligro, de quiénes es preciso cuidarse pues “andan en cosas raras” y, eventualmente, qué se puede hacer para recuperar lo que les robaron. El afuera del barrio, aunque se trate de unas pocas cuadras de distancia, es percibido como un mundo más ajeno e imprevisible y, por ende, el control de los riesgos se torna más difícil. Esta percepción de un afuera amenazante e incontrolable tiende a acentuar el encapsulamiento de la vida social de cada barrio.

Un segundo tipo de violencia interpersonal es aquella que tiene un componente fuertemente emotivo o pasional. Suele darse entre familiares o personas conocidas y los motivos de las disputas pueden ser cuestiones de pareja, celos, desavenencias familiares o simples discusiones acaloradas entre vecinos que derivan en violencia física. En algunos casos la violencia se da en la esfera de lo privado sin llegar a tener visibilidad pública, como ocurre con la violencia doméstica. En otros casos, los protagonistas de la violencia no consiguen o no les interesa mantener sus peleas “puertas adentro” y las agresiones, aun siendo propias del mundo privado, se hacen a la vista de todo el barrio. También podemos incluir en esta categoría a las disputas entre vecinos cercanos. Este tipo de violencia suele involucrar a personas adultas y, por lo general, del mismo barrio.^{xvii} Pero, a la vez, la existencia en estos barrios de un denso tejido de relaciones interpersonales y de organizaciones comunitarias contribuye a contener o morigerar esas expresiones de violencia. Hay un tercer tipo de violencia física, que es el que más nos interesa acá, que se da entre jóvenes de diferentes barrios. Excepcionalmente puede tratarse de

solo dos personas, pero por lo general involucra a varios más y siempre es percibida como una pelea entre “barritas” de distintos barrios.^{xviii} Comparado con los tipos anteriores, esta violencia no persigue una finalidad instrumental, ni está motivada por un cálculo de los beneficios que puede proporcionar. Tampoco resulta claro cuáles son las motivaciones o las causas aparentes que desencadenan estos episodios de violencia física. Cuando se trata de indagar en las razones puntuales que originaron esos enfrentamientos se alude a cuestiones en apariencia triviales o sin importancia. Pero una vez producidos consiguen suscitar odios, rencores y promesas de venganzas futuras que dan lugar a una sucesión de enfrentamientos grupales que, en no pocos casos, van acompañados de un incremento en la intensidad de la violencia empleada.^{xix} Estos hechos pueden interpretarse como una forma de violencia de carácter expresivo muy propia de los grupos juveniles en general, donde el uso de la violencia en grandes grescas o peleas callejeras aparece como parte de un proceso de reafirmación identitaria y de consolidación de los lazos grupales, a la vez que sirve de sustento a una determinada forma de sociabilidad.

Este tipo de violencia ha sido característico de las poblaciones juveniles en diferentes épocas y sociedades; no obstante, en las últimas décadas las consecuencias de su utilización parecen haberse agravado debido al debilitamiento de la capacidad de integración de aquellas instituciones que tradicionalmente habían cumplido la función de socialización de los más jóvenes y, en consecuencia, de control o contención de sus acciones violentas. Actualmente las familias y las instituciones educativas tienen serias dificultades para enfrentar ese problema. A ello se le suma la desestructuración del mercado laboral que contribuye a diluir las posibles identidades colectivas y las formas de regulación ligadas al desempeño de un empleo estable.

Este proceso de debilitamiento de la cohesión social atravesó al conjunto de la sociedad, pero sus consecuencias se condensaron con mayor claridad en los jóvenes de sectores populares. Ellos revelan muy crudamente, con sus prácticas violentas, con su impugnación rabiosa a todo lo dado o con la aceptación resignada de su situación desfavorecida, los serios límites en la capacidad de integración social.

Al debilitarse las referencias a las instancias tradicionales de socialización intergeneracional, como la familia, la escuela o el mundo del trabajo, adquieren mayor peso aquellas formas de sociabilidad con un grupo de pares sobre la base de prácticas y consumos culturales compartidos (musicales, deportivos, etc.). En particular, nos interesa destacar ese grupo de pares que se conforma en base a la proximidad física de residencia y que, pese a su escaso nivel de estructuración, consigue suscitar un sentimiento de pertenencia colectiva. Nos referimos a lo que se conoce popularmente como “la barra de la esquina”. Ya tempranamente, J. Auyero (1992) señalaba como en esos grupos tendía a condensarse un proceso de interiorización de la exclusión social, de la privación de los derechos ciudadanos y de la desigualdad frente a la ley. Esa “desciudadanización estructural” se correspondería, según el autor, con la conformación de un “habitus con aspiraciones de baja intensidad”.

Estas formas de agrupamiento de jóvenes excluidos o marginales que hacen de la violencia física una práctica cotidiana son comunes a todas las sociedades de América Latina. Pero en cada país o región asumen características distintivas que no pueden ser dejadas de lado. Las “barritas de pibes” que se forman en estos barrios no tienen la consistencia ni el grado de

estructuración que alcanzan por ejemplo las pandillas o las “barras bravas” en términos de liderazgos, jerarquías o reglas de funcionamiento compartidas. El hecho de que carezcan de símbolos o hasta de un nombre propio para identificarse revela la débil existencia colectiva que tienen más allá de las personas que los integran. Otra diferencia importante es una edad promedio más baja, que ubica a estos jóvenes más cerca del límite inferior que los separa de la adolescencia antes que del paso, siempre difuso, al mundo de los adultos.

A los efectos de este trabajo nos interesa fundamentalmente mostrar como en este caso particular la violencia juvenil está organizada y se expresa a partir de las divisiones territoriales, a la vez que contribuye al reforzamiento de la fragmentación espacial de los sectores populares. En efecto, los distintos grupos de jóvenes tienen una pertenencia barrial definida y los lugares por los que se mueven nunca son neutros. Aquellos jóvenes que cuentan con varias “batallas” en su haber saben que tienen prácticamente vedado el ingreso a ciertos barrios. Cualquier salida del territorio propio supone aumentar los riesgos y las oportunidades de ser atacados por un grupo de otro barrio. Estos riesgos obligan a moverse “en barra” o acompañados para evitar quedar en una situación sumamente desventajosa. Lo expuesto no implica que el ataque no pueda darse en el propio barrio, pero en esa situación el o los jóvenes atacados tienen mayores posibilidades de contar con el apoyo de algunos pares o, llegado el caso, con la intervención de algunos adultos que podrán detener la pelea o bien proteger a “los chicos del barrio”.

A pesar de que estas peleas movilizan solidaridades intrabarriales y condicionan los desplazamientos en el espacio físico, no parece haber en ellas las típicas disputas por el control del territorio como un valor simbólico en sí mismo tal como lo muestran los estudios tradicionales sobre pandillas o hinchadas de fútbol. Garriga Zucal (2005), por ejemplo, sostiene que las “barras bravas” hacen del control del territorio un valor en disputa. Profanar el territorio ajeno, “caminarle el barrio”, pintarle sus paredes o invadirle sus plazas es una forma de demostrar el *aguante* y la superioridad del propio grupo. En nuestra investigación, pese a la fuerte identificación barrial de los grupos, no hallamos indicios de una disputa semejante.

Cabe aclarar que si bien en cada barrio es posible identificar a algunos grupitos de jóvenes con mayor predisposición a participar de los bardos o peleas, ellos distan de ser los únicos implicados en este tipo de violencia. En verdad, la violencia física es un elemento constitutivo de las interacciones cotidianas de la mayoría de los jóvenes de estos barrios y resulta difícil no participar de uno u otro modo en esta clase de hechos. En buena medida porque intentar mantenerse al margen de esos conflictos supone también una forma de desvalimiento o desprotección. En consecuencia, sería equivoco suponer que la producción de actos violentos es monopolio de unos pocos. Por el contrario, la violencia física está muy naturalizada y cualquier joven, de un sexo u otro, puede recurrir a ella en algún momento como forma de expresión o bien para intentar resolver un conflicto. En ese sentido, Abarca y Sepúlveda señalan que “la violencia viene a ser un recurso fundante de identidad en la medida en que delinea las identidades y, por lo mismo, establece un sistema de equilibrio disuasivo basado en su potencial de ejercicio” (2005).

Hay que hacer referencia también a una forma típica de “bardear” que está muy extendida en estos barrios y que ellos definen como “boquear”. Consiste en

que varios jóvenes reunidos en una esquina o lugar público se burlen de las personas que pasan caminando diciéndoles cosas mordaces o provocativas para generar una reacción. Pueden ser piropos o groserías si son personas del sexo opuesto o bien insultos o cargadas para los del mismo sexo.^{xx} Las víctimas de esos ataques verbales pueden optar por ignorarlos y seguir su camino o bien intentar enfrentarlos con un retuque verbal o muestras de enojo. En este último caso no es extraño que la situación desencadene en una pelea con violencia física. Preguntados al respecto, varios jóvenes que habían sufrido ese tipo de burlas señalaron la conveniencia de hacerles frente a los que “boqueaban”, aun en condiciones desventajosas, para ganarse su respeto y evitar que los siguieran molestando en el futuro^{xxi}. De todos modos no tardaron en reconocer que muchas veces eran ellos los que actuaban en grupo *bardeando* a otros.

Las personas de otros barrios son un blanco privilegiado de estas prácticas, pues siempre resulta más fácil *boquear* a quien no es del lugar y está de paso antes que a un conocido o a alguien con quien puede haber una relación en común. En consecuencia, la circulación por otros barrios que no son los propios se convierte en una fuente constante de tensión. Tensión que no puede ser evitada por completo pues muchas veces están obligados a atravesar espacios “extraños” para poder ir a la escuela, a un centro cultural o a la casa de un compañero.^{xxii} Los entrevistados coincidieron en señalar que en caso de tener que ir a otros barrios resulta importante contar con algún conocido que sí sea del barrio y que haga las veces de “protector” o de “garante” en caso de problemas.

Vemos así como las identidades barriales pueden introducir fragmentaciones duraderas en el mundo de los sectores populares, aún entre aquellos que comparten muchas de las condiciones objetivas de vida. Queda por responder la pregunta sobre cuál es el papel que juegan al respecto las organizaciones. ¿Contribuyen a reforzar esa fragmentación barrial o, por el contrario, logran integrar a los sectores populares? Es difícil dar una respuesta contundente pues el trabajo de las organizaciones tiene un efecto ambivalente. Por un lado, las organizaciones tienen un fuerte anclaje barrial. Se identifican y son percibidas como parte del barrio y la mayor parte de sus actividades se realizan en el territorio más acotado. En ese sentido contribuyen a reproducir las identidades particulares. Pero, por otro lado, con su trabajo favorecen la circulación de personas entre los barrios. Si bien es cierto que la mayoría de las personas que concurren son del barrio, hay también otras personas que llegan de barrios vecinos, favoreciendo el intercambio y la porosidad de las fronteras. Al mismo tiempo, las organizaciones se articulan con otras redes de mayor alcance lo cual les permite conseguir recursos externos para el barrio.

A modo de recapitulación, podemos señalar que en los últimos años los sectores populares han experimentado un creciente proceso de segregación espacial a partir del cual ha cobrado relevancia el barrio que pasó a cubrir necesidades y funciones nuevas. Al respecto nos hemos preguntado por la especificidad que asume este proceso en dos barrios periféricos del partido de Moreno.

Si bien se trata de barrios en principio homogéneos y de pequeñas dimensiones, una mirada más próxima a la percepción de los actores permite captar disputas y enfrentamientos que muchas veces se expresan espacialmente. La definición de los límites de los barrios, así como la

delimitación entre el adentro y el afuera son un claro ejemplo. Hemos mostrado también cómo las diversas formas de violencia se articulan para producir y reforzar las divisiones y pertenencias barriales.

Referencias:

- Abarca, H. y Sepúlveda, M. (2005) "Barras bravas, pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno" en F. Ferrándiz y C. Feixa (eds.) *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. Ed. Anthropos. España.
- Auyero, J. (1992) *Otra vez en la vía. Notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*. Buenos Aires: Espacio Ed
- Auyero, J. (2001) *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- Barattini M. (2006) "Organizaciones, Política y Territorio: 3 estudios de caso" Área de Sociología, Instituto de Ciencias, UNGS, (en prensa).
- Bourgois, P. (2005) "Más allá de una pornografía de la violencia. Lecciones desde El Salvador" en F. Ferrándiz y C. Feixa (eds.) *Jóvenes sin tregua. Culturas y políticas de la violencia*. España: Ed. Anthropos.
- Cerrutti, M. y Grimson, A. (2004): "Buenos Aires, neoliberalismo y después. Cambios socioeconómicos y respuestas populares", *Cuadernos del IDES*, en http://www.ides.org.ar/shared/doc/pdf/cuadernos/Cuaderno5_Cerrutti_Grimson.pdf.
- Cravino, M. C., Fournier, M., Neufeld, M.R. y Soldano, D. (2002) "Sociabilidad y micropolítica en un barrio bajo planes" en Andrenacci, L. (org.) *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: UNGS-Ediciones al Margen.
- Da Matta, Roberto (2002): *Carnavales, Malandros y héroes*. México: Fondo de Cultura Económica,
- Elias, N. (1998): "Ensayo teórico sobre las relaciones entre establecidos y marginados", en *La civilización de los padres y otros ensayos*. Bogotá: Norma.
- Ferraudi Curto, María Cecilia (2005, julio 11-15): "'Ni pobreza ni piqueteros': el proyecto de las unidades de gestión local en Varela, Gran Buenos Aires". En Universidad Nacional de Rosario, 1er. Congreso Latinoamericano de Antropología.
- Forni, F. (2002) (comp.): *De la exclusión a la organización*. Buenos Aires: Ediciones Ciccus.
- Forni, P. (2004) "Las redes interorganizacionales y sus implicancias en el desarrollo de las organizaciones comunitarias de los pobres y excluidos. Estudios de caso en el Gran Buenos Aires durante la década del noventa" [Online]. Disponible en www.unesco.org.uy/most/seminario/ongs.
- Frederic, S. (2004): *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en la provincia de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Garriga Zucal, J. (2005): *Haciendo amigos a las piñas. Amigos y redes sociales en una hinchada de fútbol*, Tesis de Maestría en Antropología Social no publicada, Buenos Aires: IDES-IDAES/UNSAM.
- Merklen, D.: (1991): *Asentamientos en La Matanza. La terquedad de lo nuestro*. Buenos Aires: Catálogos Ed..
- Merklen, D. (2000): "Vivir en los márgenes: la lógica del cazador. Notas sobre sociabilidad y cultura en los asentamientos del Gran Buenos Aires hacia fines de los '90", en Svampa, M. (edit.): *Desde abajo. La transformación de las identidades sociales*. Buenos Aires: Biblos/UNGS.

Merklen, D.: (2005): *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.

Núñez, P. (2006): "Arreglos locales y nociones de justicia en pugna. Estudio de caso en un asentamiento del sur del Gran Buenos Aires". Área de Sociología, Instituto de Ciencias, UNGS, (en prensa).

Oszlak, O. (1991): *Merecer la ciudad. Los pobres y el derecho al espacio urbano*. Buenos Aires: Humanitas-CEDES.

Sack, R. D. (1986): *Human Territoriality: Its Theory and History*. Cambridge: Cambridge University Press.

Santiago, F. y García M. (2003): "La articulación de actores en el desempeño de las políticas sociales. Estudio de caso: la comunidad de Barrufaldi en el Conurbano Bonaerense" [On line]. Disponible en: http://www.ides.org.ar/shared/grupoestudios/tspdyca/Cuadernos_CLASPO_21.pdf.

Segura, R. (2006): "Segregación urbana en un barrio del partido de Gral. San Martín. La Cárcova: entre el aislamiento y la movilidad." [On line]. En *Cuadernos del IDES*, N° 9. Disponible en: http://www.ides.org.ar/shared/doc/pdf/cuadernos/cuadernos9_Segura.pdf

Simmel, G. (1986): *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Madrid: Alianza.

Svampa, M. (2005): *La sociedad excluyente*. Buenos Aires: Taurus.

Varela, Paula (2005, septiembre 23) "La política: entre la fábrica y el barrio". En UNSAM, "Territorialidad y política", Centro de Investigaciones Etnográficas.

Paul Willis (1988): *Aprendiendo a trabajar*. Madrid: Ed. Akal.

ⁱ Vale la pena aclarar que aun cuando el proceso de territorialización sea un rasgo común del mundo popular en los últimos años en nuestro país, algunas investigaciones que toman como objeto de estudio la situación particular de barrios obreros que mantuvieron altos niveles de actividad, encuentran que como consecuencia del mayor peso relativo del tiempo destinado al trabajo, debido a los cambios y la extensión de la jornada laboral, el barrio en sí no adquiere la relevancia ni la centralidad que alcanza en otras regiones (Varela, 2005). Estos casos, aunque extremadamente excepcionales, tienen la capacidad de mostrar la ligazón entre el proceso más amplio y generalizado de desindustrialización y la creciente territorialización de los sectores populares.

ⁱⁱ Según datos de la Municipalidad de Moreno, el B° San Norberto tiene una superficie total de 19 has.; mientras que Don Sancho llega a 23 has., pero sólo una parte de toda esa superficie está urbanizada.

ⁱⁱⁱ Esta diversidad de procedencias da lugar a la emergencia de formas culturales híbridas que combinan rasgos propios de cada una de las colectividades de origen.

^{iv} Tomamos en consideración no sólo el Plan Jefes y Jefas, sino todos aquellos que Programas que suponen una transferencia directa de ingresos a los beneficiarios, tales como el Familias por la Inclusión Social, PEC, PEL, etc.

^v Actualmente, y aún enfrentando serias dificultades, la mutual transporta alrededor de 10.000 personas por día y une a más de 40 barrios con el centro de Moreno.

^{vi} Denis Merklen advierte que la presencia de instituciones en el lugar no sólo ligan al barrio con la sociedad toda sino que también se convierten en marcas positivas o negativas de distinción.

^{vii} Esta mística "desde abajo" que destacan recurrentemente los militantes comunitarios debe ser relativizada y puesta en cuestión pues una parte importante de los recursos que permiten el funcionamiento de esas organizaciones provienen del Estado, ya sea bajo la forma de planes sociales, subsidios u otro tipo de ayudas.

^{viii} Como bien ha mostrado Pablo Forni (2004), algunas de ellas se iniciaron con la crisis hiperinflacionaria de 1989, mientras que otras comenzaron a desarrollar sus actividades a partir de la crisis post 2001.

^{ix} Esta fue una de las razones por las que al momento de seleccionar los casos se decidió trabajar con ambos barrios y no con uno solo de ellos.

^x Al comienzo de nuestro trabajo de campo subestimamos el problema de las divisiones entre barrios, tal vez porque suponíamos que la gente se identificaría fundamentalmente con la zona de Cuartel V. Así, no dejábamos de sorprendernos cuando al interrogar a algún entrevistado por una organización o una actividad nos decía “Ah! no, pero eso es en el otro barrio”. Cuando en verdad se trataba de algo ocurrido a apenas un par de cuadras de ahí.

^{xi} En particular venían de las villas de Colegiales, Barrancas de Belgrano, Villa Urquiza y del barrio de Flores entre otras. Para analizar estos procesos de relocalización se puede consultar O. Oszlak (1991).

^{xii} Actualmente continua teniendo una parte importante de su población que es paraguaya o descendiente de paraguayos, lo cual en algunos casos es utilizado para estigmatizar al barrio.

^{xiii} Aunque persiste una suerte de estigmatización basada en el temor y la supuesta “peligrosidad” del barrio. Sancho es muchas veces señalado desde afuera como un barrio de villeros, peligroso e inseguro.

^{xiv} Recordemos con Simmel que el concepto de límite se define a partir de las relaciones humanas. Para este autor los que limitan mutuamente no son los países, las tierras, ni el radio de la ciudad o el campo sino los propios habitantes. Así “el límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial” (Simmel 1986:652).

^{xv} Para el análisis de una tipología con las distintas formas de violencia se puede consultar Ph. Bourgois, 2005.

^{xvi} Como bien señala G. Kessler en *Sociología del delito amateur*, la prescripción tradicional que prohíbe robar a los vecinos continúa teniendo fuerza; sin embargo, como toda regla puede ser violada bajo determinadas circunstancias.

^{xvii} Un ejemplo de este tipo de violencia lo dieron unas entrevistadas al recordar el caso de la mujer que había perseguido a una vecina con una cuchilla al enterarse que ésta estaba viéndose a escondidas con su esposo. O bien las situaciones ya mencionadas de violencia familiar.

^{xviii} La expresión “barritas” fue utilizada en varias oportunidades por distintos entrevistados. En algún caso se los definió también como “banditas” de pibes. Como tendremos ocasión de señalar, la apelación al diminutivo dice algo sobre la fortaleza o consistencia de estos grupos de jóvenes.

^{xix} Este tipo de violencia es muy frecuente en estos barrios y, a diferencia de las otras formas de violencia, resulta muy difícil de prever o de mantenerse al margen pues puede estallar en cualquier momento o lugar. De hecho, en nuestras visitas a los barrios no tuvimos ocasión de presenciar personalmente ningún hecho de violencia de los dos primeros tipos. Sólo tomamos conocimiento a través de las referencias de los vecinos. Sin embargo, hubo dos ocasiones en las que involuntariamente nos encontramos en medio de las disputas de estos grupos de jóvenes.

^{xx} No siempre el “boqueo” busca desencadenar un acto de violencia. Muchas veces no es más que una forma fácil de diversión en un contexto donde las opciones para entretenerse no abundan. De cualquier manera la línea divisoria es muy sutil y se cruza con facilidad.

^{xxi} En su análisis sobre los jóvenes de clase obrera, Paul Willis (1988) señala que dentro de grupos de varones no conformistas rige la violencia como modo de afirmación de la masculinidad y de ganarse el respeto del grupo de pares.

^{xxii} En las entrevistas grupales a estudiantes del polimodal solíamos preguntar qué cosas les gustaría cambiar de la escuela a la que concurren. Para nuestra sorpresa, uno de ellos contestó que le gustaría cambiar su ubicación pues de ese modo evitaría las complicaciones con los jóvenes del barrio.